

SEMANA SANTA

2012

Florentino Muñoz Muñoz

DOMINGO DE RAMOS

JESÚS ENTRA LA CIUDAD DE JERUSALÉN

El Papa Benedicto XVI explica el significado de la entrada gloriosa de Jesús en la ciudad de Jerusalén de la siguiente forma:

- Jesús se acerca a Jerusalén **como un rey**. Así lo manifiesta al enviar a sus discípulos a buscar una borrica con su pollino. En su ambiente se reconocía el poder del rey para requisar bienes y animales. De este modo, Jesús muestra su autoridad.

- Jesús viene a Sión como **el rey mesiánico**, tan esperado por su pueblo. Así lo manifiestan las profecías de Isaías y Zacarías que recuerda San Mateo en su evangelio. Jesús es un rey que se hace reconocer por su humildad.

- Jesús llega a su Ciudad como **un peregrino**. Su peregrinación es diferente a la de tantos judíos que subían a la ciudad para la fiesta de la pascua. Su entrada cumple e ilumina los tres anuncios que Él había hecho de su pasión y muerte y que han ido marcando su camino.

LA ACLAMACIÓN DEL PUEBLO

San Mateo afirma en su evangelio, que se proclama hoy antes de la procesión (Mt 21, 1-11), que Jesús es recibido y acogido con gritos de gozo y alegría:

- “Hosanna al Hijo de David”. Esta antigua expresión era de súplica. Con el paso del tiempo se fue convirtiendo en una aclamación de júbilo. En este caso era un grito de esperanza. Como Hijo de David lo habían invocado los ciegos (Mt 9,27). Ahora la multitud acoge a Jesús como al restaurador del reino de David.

- “Bendito el que viene en nombre del Señor”. Con esa aclamación se acogía a los peregrinos que llegaban a Jerusalén por la fiesta de las Tiendas (Sal 118,26). Jesús había manifestado varias veces su convicción de haber sido enviado por Dios. El grito de la multitud era el eco de su conciencia mesiánica.

- “Hosanna en las alturas”. A la hora del nacimiento de Jesús, los ángeles proclamaban la gloria de Dios “en las alturas” (Lc 2, 14). Ahora las gentes del pueblo proclamaban la gloria de Dios que se manifestaba en Jesús. En la humildad del que llegaba a la Ciudad Santa, se hacía visible la grandeza y la misericordia de Dios.

DIFERENTE ACOGIDA AL SEÑOR QUE VIENE

El relato de la entrada de Jesús en Jerusalén muestra dos posturas diferentes ante Jesús, en las que podemos ver las dos actitudes que se repetirán a lo largo de los siglos ante la persona y la misión de Jesús.

* Los habitantes de Jerusalén: “Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad preguntaba alborotada: ¿Quién es este?”. Se repite el espanto que produjo la llegada de los Magos (Mt 2,3). Los habitantes de Jerusalén se han acomodado al culto del templo y a la presencia de los romanos y no quieren problemas que pongan en peligro su situación. ¿Nos vemos representados nosotros en ellos? ¿Ignoramos o rechazamos la presencia, el mensaje y la obra de Jesús en nuestras vidas?

* Los que acompañan a Jesús: La gente que venía con Él decía: “Es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea”. Esa es la respuesta de los peregrinos y de los que siguen al Maestro. Las gentes más sencillas han descubierto en Jesús al profeta que viene de parte de Dios. No tienen prejuicios contra los galileos. ¿Nos sentimos representados en ellos? ¿Escuchamos la palabra del Señor y nos esforzamos con la ayuda de la gracia divina en llevarla a la práctica?

RECIBAMOS CON FE Y AMOR AL SEÑOR

- Abramos nuestro corazón al Señor que viene a nosotros.
- Extendamos ante Él el manto de nuestra vida para que se sienta acogido.
- Arrojemos ante Él las flores de las virtudes cristianas.
- Cantemos un himno ante Él

“Acrecienta, Señor, la fe de los que en ti esperan y escucha las plegarias de los que a ti acuden, para que quienes alzamos hoy los ramos en honor de Cristo victorioso, permanezcamos con él, dando fruto abundante de buenas obras. Amén”.

“Así es como nosotros deberíamos prosternarnos a los pies de Cristo, no poniendo bajo sus pies nuestras túnicas o unas ramas inertes, que muy pronto perderían su verdor, su fruto y su aspecto agradable, sino revistiéndonos de su gracia, es decir, de él mismo, pues los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo. Así debemos ponernos a sus pies como si fuéramos unas túnicas...” (San Andrés de Creta, Sermones; PG 97,990-994).

CON EL SEÑOR CAMINEMOS AL REINO ETERNO DE DIOS

“El Verbo ha descendido hasta nosotros `para tomarnos de la mano a fin de llevarnos hasta Dios. Cristo ha descendido hasta nosotros para elevarnos hacia Él y así llegar hasta Dios. Cristo se ha hecho humilde para tomarnos, levantarnos y elevarnos hacia Él. Cristo ha bajado hasta nosotros y en su amor entregado y crucificado nos toma de la mano y nos lleva hacia Dios con Él...Cristo es el mediador entre Dios y los hombres. Para ello es necesario que nosotros superemos nuestra soberbia de querer hacernos dioses. Seamos humildes; dejémonos salvar por Dios. Tenemos necesidad de la humildad de la fe que busca el rostro de Dios y se confía a la verdad de su amor” (Benedicto XVI).

EL TRIDUO PASCUAL

«Es preciso que observemos no sólo el día de la pasión, sino también el de la resurrección. En esto consiste el Triduo sacro, en el que Cristo padece, reposa en el sepulcro y resucita» (San Ambrosio, Carta 23,12-13).

Hemos llegado a los días más importantes del año litúrgico porque son los días que nos traen el recuerdo del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

El centro del año litúrgico es el Triduo Pascual porque es la celebración cumbre del Misterio Pascual: «Del mismo modo que la semana tiene su punto de partida y su momento culminante en el domingo, así, el centro culminante de todo el año litúrgico resplandece en el santo Triduo Pascual de la pasión, muerte y resurrección del Señor, que se prepara a lo largo del tiempo cuaresmal y se prolonga en la alegría de los cincuenta días sucesivos”.

El Triduo Pascual celebra el tránsito del Señor de este mundo al Padre a través de su muerte, sepultura y resurrección, que tuvieron lugar en los tres días del viernes, sábado y domingo. Se trata, en realidad, del Triduo del crucificado, sepultado y resucitado.

Con la celebración del Triduo Pascual por la Iglesia se hace presente y se realiza el Misterio del tránsito de la Iglesia con su Señor de este mundo al Padre. En efecto, en esta celebración del Misterio Pascual, por medio de los signos litúrgicos y sacramentales, la Iglesia se une en íntima unión con Jesucristo.

“Cristo realizó la redención humana y la perfecta glorificación de Dios principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión. Por este misterio, “con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida”. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació “el sacramento admirable de la Iglesia entera” ((SC 5).

EL JUEVES SANTO

El Triduo Pascual se inaugura con la Misa vespertina de la Cena del Señor que es como su introducción o pórtico de entrada. Como toda Eucaristía, ha de vivirse sobre todo como sacramento que recuerda y hace presente el misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor.

El misterio del Jueves Santo

Esta Misa vespertina recuerda la Última Cena de Jesús con sus discípulos, esto es, la noche de su entrega por la humanidad.

El misterio profundo del Jueves Santo es la celebración de la Nueva Alianza en la sangre de Jesucristo que Dios hace con los hombres.

Contemplemos:

* Su amor hasta el extremo: “habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo de dar su vida por todos”. Nos amó con un amor desmedido. Nos amó tanto...que murió por nosotros.

* Su ofrenda adelantada en el pan y el vino entregados. Cristo no ofrece al Padre por la salvación del mundo sangre de animales, sino su propia sangre.

* La institución del sacerdocio ministerial: “Haced esto en memoria mía”. Cristo hace partícipes de su sacerdocio a los apóstoles.

La oración colecta de esta Misa manifiesta el significado profundo de esta celebración:

«Señor Dios nuestro: nos has convocado esta tarde
para celebrar aquella misma memorable cena en que tu
Hijo, antes de entregarse a la muerte,
confió a la Iglesia el banquete de su amor,
el sacrificio nuevo de la alianza eterna»...

Tengamos presente que el significado profundo de esta entrañable celebración es eclesial, eucarístico, sacerdotal y pascual.

Las lecturas

Las lecturas de este día evocan el gesto fundamental de Jesús, que, al instituir la eucaristía, se entrega a la muerte por la salvación de los hombres.

*** Libro del Éxodo 12,1-8.11-14.** En su cena pascual, los israelitas celebraban el gran acontecimiento del Éxodo, que actualiza la salvación que Dios les hizo experimentar, cuando los liberó de la esclavitud de Egipto e hizo con ellos una Alianza en el Monte Sinaí haciendo de ellos el pueblo de la Alianza, el pueblo de su propiedad..

*** Primera Carta de san Pablo a los Corintios 11,23-26.** Pablo transmite a la comunidad cristiana de Corinto el kerigma -el anuncio- de la Eucaristía. No lo ha inventado él, sino que lo ha recibido con toda probabilidad de la Iglesia de Antioquía: “Yo he recibido una tradición que viene del Señor y que a mi vez os transmito” (ICort.11,23). Los cristianos hemos recibido del Señor el encargo de celebrar la Eucaristía como memorial de la Pascua del Señor, de su paso de la muerte a la vida nueva. La Eucaristía que celebramos actualiza de forma misteriosa pero real el sacrificio pascual de Jesucristo: “Mi cuerpo entregado” y “mi sangre derramada”, para que podamos “participar de él” (tomad y comed; tomad y bebed). La Eucaristía es el sacramento de la muerte y de la resurrección de Jesucristo.

*** Evangelio según san Juan 13,1-15.** El gesto de Jesús lavando los pies a sus discípulos es sobrecogedor y conmovedor ya que manifiesta el amor de Cristo a sus discípulos traducido en servicio gratuito a todos. Dado que la Eucaristía es signo visible del amor y de la entrega de Jesús por nosotros, todos debemos estar dispuestos a amar y a entregarnos por los demás. Así cumpliremos el mandato que Jesús nos ha dado: “para que lo que yo he hecho con vosotros, también vosotros lo hagáis unos con otros”.

Unas reflexiones

“Jesús anhelaba en su corazón ese momento en que se iba a dar a los suyos bajo las especies de pan y de vino. Jesús espera este momento. ¿Tenemos nosotros deseos del Señor? ¿Sentimos en el alma deseos de ir hacia Cristo? ¿Anhelamos estar con Él? O ¿somos indiferentes, distraídos, ocupados totalmente en otras cosas?” (Benedicto XVI).

*** La Eucaristía.** San Pablo nos recuerda hoy la institución de la nueva Alianza en la sangre de Jesús, al transmitirnos la narración de la institución de la Eucaristía, dando cuenta de una tradición que le precedía y que él no había creado: la tradición apostólica que transmitió a la Iglesia la institución de la Eucaristía por Jesús la noche de la última Cena, en la cual Cristo Jesús anticipó su propia muerte en la cruz. El Apóstol transmite con la narración de la Cena el mandato de Cristo de reiterarla en conmemoración de la muerte del Señor, que la Eucaristía anuncia hasta el retorno de Cristo.

La conciencia de estar cumpliendo el mandato de perpetuar el sacrificio de la eterna alianza hace decir al sacerdote: «Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa, que te presentamos en el día mismo en que nuestro Señor Jesucristo encomendó a sus discípulos la celebración de los misterios de su cuerpo y de su sangre... El cual, la víspera de padecer por nuestra salvación y la de todos los hombres, tomó pan...”

“Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera” (SC 47).

“La Eucaristía es el misterio de la íntima cercanía y comunión de cada uno con el Señor, y, al mismo tiempo, es la unión visible entre todos. La Eucaristía es el sacramento de la unidad” (Benedicto XVI)

Somos invitados a comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor. “Los cristianos participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él; se perfeccionen día a día por Cristo Mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todo” (SC 48).

*** El sacerdocio ministerial**

Los Apóstoles nos han transmitido y confiado la Eucaristía como testamento de Cristo y como medio por el cual recibimos la vida divina los creyentes y los que hemos entrado en la Iglesia por el sacramento del bautismo. Tengamos siempre en cuenta que la vida sobrenatural que brota a raudales del corazón traspasado de Cristo en la cruz llega a nosotros mediante la participación en la Eucaristía, que se hace posible para los fieles por el sacerdocio ministerial, que Cristo instituyó simultáneamente a la Eucaristía. Cristo entregó la Eucaristía a sus Apóstoles y estos a sus sucesores, para que la Iglesia celebrara el memorial de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y a lo largo de los siglos se realizara en continuidad con la predicación de los Apóstoles y con su ministerio en la Iglesia.

Los fieles ejercen su sacerdocio real, como miembros del pueblo sacerdotal, participando en la Eucaristía que presiden los sacerdotes, por cuyo ministerio Cristo ha querido hacerse presente con su sacrificio en la Iglesia. Cada uno de los fieles se ofrece a Dios con Cristo, que hace suya la ofrenda de los fieles y la presenta al Padre con la suya propia por medio del sacrificio eucarístico realizado por ministerio de los sacerdotes: del Obispo,

sucesor de los Apóstoles, y de los presbíteros, que son asociados al ministerio del Obispo, para seguir haciendo presente en la Iglesia en cada celebración de la Misa el sacrificio redentor de Cristo.

*** Jesús oró al Padre** por sus discípulos de entonces y de todos los tiempos para que viviéramos unidos en comunión: “Padre, que todos sean uno como Tú, Padre, en mí, y yo en Ti, para que el mundo crea” (Jn.17,21). “La mística del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todo los demás que comulgan (cf. ICort. 10,17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos “un cuerpo”, aunados en una única existencia. Ahora el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el ágape se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el ágape de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristiano-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor” (Benedicto XVI, “Dios es amor”, n.14).

*** El lavatorio de los pies.** La Iglesia hace memoria también del otro gesto de Jesús que no es sacramental, pero que tiene un profundo sentido pues manifiesta que Jesús es el servidor de todos. Nos referimos al lavatorio de los pies que puede entenderse como “una eucaristía existencial”. Al terminar, Jesús dice a sus discípulos a quienes acaba de lavar los pies: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como Yo he hecho con vosotros» (Jn.13,14-15).

*** El mandamiento del amor.** En esa noche santa, Jesús nos da el mandamiento nuevo del amor:

“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn.13,34-35).

Jesús nos pide que nos amemos unos a otros como Él nos amó, es decir, hasta dar la vida por los demás en gratuidad.

El ejemplo de amor que Cristo nos ha dado nos mueve a seguirle por el camino del amor y, por eso, renovamos nuestro compromiso con nuestros hermanos en este Jueves Santo de la Eucaristía y del sacerdocio.

Por todo ello, ningún dolor ni sufrimiento alguno sean ajenos para nosotros; antes bien, hemos de hacer nuestras las carencias y necesidades de todos, especialmente de los más necesitados:

- ancianos, enfermos y personas que viven en soledad;
- los que carecen de trabajo y de hogar;
- los emigrantes, marginados, abandonados, excluidos, irrelevantes.

De todos ellos quiere ocuparse la Iglesia por medio del ejercicio de una caridad fraterna y solidaria, que manifiesta el amor de Dios a todos los hombres que tienen los ojos limpios de prejuicios. En todos ellos descubre, ama y sirve a Jesucristo.

El Señor nos llama hoy y siempre a traducir el mandamiento nuevo del amor en realidades verdaderas:

- Perdona siempre y en todo lugar a quien te haya ofendido
- Tiende puentes de encuentro y dialogo con el alejado, el distinto
- Construye la civilización del amor en la sociedad
- Educa para la justicia y la solidaridad
- Comparte tus bienes con los empobrecidos y necesitados
- Arranca de tu corazón, si es necesario, el odio, la venganza...

* **La Reserva Eucarística.** La Santa Misa del Jueves Santo concluye con el traslado solemne del Santísimo Sacramento al lugar de la reserva para la comunión del día siguiente, el Monumento. Es el momento de la adoración eucarística, que en este día aparece en dependencia clarísima de la celebración de la Santa Misa. Dedicemos algún tiempo de la noche a la adoración al Stmo. Sacramento.

Es el momento de participar en la **Hora Santa**.

EL VIERNES SANTO

El tiempo litúrgico de la Cuaresma ha terminado ya.

El Viernes Santo es el primer día del Triduo Sacro que conmemora el sacrificio redentor de Jesucristo que, como sumo sacerdote y en nombre de toda la humanidad, se ha entregado voluntariamente a la muerte para redimarnos del pecado, de la ley y de la muerte y para salvarnos a todos.

«En este día en que ha sido inmolada nuestra víctima pascual, Cristo, (1 Cor 5,7) la Iglesia, meditando la Pasión de su Señor y Esposo y adorando la Cruz, conmemora su nacimiento del costado de Cristo dormido en la Cruz, e intercede por la salvación de todo el mundo».

El Viernes Santo contemplamos a Jesucristo que inaugura con su muerte la Pascua venciendo el pecado y la muerte de la humanidad. Celebramos, pues, la muerte gloriosa del Señor que sube a la cruz para pasar al Reino de Dios. Bajo este aspecto es significativo el canto más antiguo de este día: la antífona «Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos».

La celebración litúrgica es muy expresiva y comprende la Liturgia de la Palabra, la adoración de la Santa Cruz y la comunión. El rito inicial es la postración, rostro a tierra, del sacerdote y los ministros, y una oración que pide al Señor que se acuerde de su misericordia, «pues Jesucristo instituyó el misterio pascual por medio de su sangre en favor nuestro».

Digamos unas palabras sobre cada uno de estos elementos.

1.- La liturgia de la Palabra

*** Profeta Isaías 52,13-53,12**

Esta lectura profética es aplicada a Jesús, que «entrega su vida como expiación». Contiene una impresionante descripción de la pasión del Señor que nos sobrecoge y nos interpela. “En sus llagas hemos sido curados”. ¡Gracias, Señor! por tu bondad y misericordia que se hacen visible en tu pasión y muerte en la cruz.

*** El salmo responsorial 30**

La Comunidad cristiana responde a la primera lectura con las palabras pronunciadas por Jesucristo en la cruz: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Le 23,46). Jesús manifiesta su obediencia y confianza a su Padre, momentos antes de morir crucificado en la cruz.

*** Carta a los Hebreos 4,14-16; 5,7-9**

El Siervo de Yahvé es el Sumo Sacerdote que, ofreciéndose a sí mismo como víctima por los pecadores, «se convirtió en causa de salvación eterna para los que le obedecen». Acerquémonos con fe y amor a Jesucristo pues Él es el Servidor de Yahvé y el Sumo Sacerdote

*** Evangelio según san Juan 3,16; 13,1; 17,1.**

El evangelio que hoy proclamamos es el relato de la Pasión de Jesucristo según San Juan. La liturgia ha reservado este pasaje conociendo la intencionalidad de San Juan para quien la cruz es la suprema revelación del amor de Dios y de la completa libertad de Jesús.

La presencia de María junto a la cruz de su Hijo Jesús y la escena de la lanzada, rasgos propios de este relato, tienen un extraordinario valor para la Iglesia, representada en la Madre de Jesús -la mujer de Jn 2,4- y en los símbolos del agua y la sangre que brotan del costado abierto de Cristo. Del costado abierto de Cristo nacen la Iglesia y los sacramentos. “Muerto Cristo, nace la Iglesia” (San Agustín).

“Madre y Señora nuestra, que permaneciste firme en la fe, unida a la pasión de tu Hijo (...) Ponemos en ti nuestra mirada y nuestro corazón Y aunque no somos dignos, te acogemos en nuestra casa, como hizo el apóstol Juan, y te recibimos como madre nuestra. Te acompañamos en tu soledad y te ofrecemos nuestra compañía para seguir sosteniendo el dolor de tantos hermanos nuestros que completan en su carne lo que falta a la pasión de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia. Míralos con amor de Madre, enjuga sus lágrimas, sana sus heridas y acrecienta su esperanza para que experimenten siempre que la cruz es el camino hacia la gloria, y la pasión, preludios de la resurrección” (Benedicto XVI, Vía Crucis, 19-VIII-2011; JMJ).

2.- La Oración universal de los fieles

La oración universal se expresa en esta celebración con su acento más tradicional y solemne. La Iglesia ora por las grandes intenciones de la Iglesia y de la humanidad entera. Unámonos nosotros a esta oración de intercesión por la entera humanidad.

3.- La Adoración de la Santa Cruz

En este día del Viernes Santo, la Iglesia quiere que todos los fieles concentren su atención y su mirada en la Cruz que es presentada a

toda la Comunidad con estas palabras: «Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo».

Con la adoración de la Cruz, la Iglesia expresa sus sentimientos más profundos de reconocimiento, gratitud y amor a Jesucristo, nuestro Señor, que sufrió y murió en ella para salvarnos.

Durante la adoración de la Santa cruz la comunidad cristiana canta:

- **La antífona:** «Tu cruz adoramos»,
- **El himno** “Crux fidelis”: “¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza! Jamás el bosque dio mejor tributo en hoja, en flor y en fruto. ¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol, donde la Vida empieza con un peso tan dulce en su corteza!»

La alusión al árbol del paraíso es clara: el fruto de aquel árbol produjo la muerte; en cambio, el fruto de la Cruz es la Vida misma.

* **Los Improperios**, por su parte, evocan el misterio de la glorificación y de la divinidad de Jesús, que muere herido de amor y lleno de misericordia hacia su pueblo.

“La cruz es la inclinación más profunda de la divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre -de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos- llama su infeliz destino. La cruz es como un toque del Amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre; es el cumplimiento, hasta el final, del programa mesiánico que Cristo formuló una vez en la Sinagoga de Nazaret (cf. Lc.4.,18ss) y repitió más tarde a los enviados de Juan Bautista (...) La cruz de Cristo nos hace comprender las raíces más profundas del mal que ahondan en el pecado y en la muerte” (Juan Pablo II, “Dives in misericordia”, n.8).

4.- La Comunión

La Iglesia nos ofrece ya los frutos de la redención de Jesucristo en la Comunión que tomamos del Monumento.

Acerquémonos a comulgar dignamente preparados.

Procuremos unirnos a Jesucristo, el Sacerdote compasivo y fiel que se entrega por todos nosotros.

Volvamos a nuestros hogares en silencio y recogimiento, en oración y contemplación de Jesucristo clavado en la cruz.

5.- Contemplemos a Cristo Crucificado

Contemplando en silencio y con profunda fe a Jesucristo crucificado, oremos con la oración de otros hermanos:

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera...

Dentro de tus llagas, escóndeme...
No permitas que me aparte de Ti
En la hora de mi muerte llámame y mándame ir a Ti

Pastor que con tus silbos amorosos
Me despertaste del profundo sueño;
Tú que hiciste cayado de ese leño
En que tiendes los brazos poderosos,
Vuelve los ojos a mi fe piadosos....
Pero, ¿cómo te digo que me esperes,
Si estás, para esperar, los pies clavados?

Miremos con confianza y amor al Señor clavado en la cruz por
nuestros pecados, pues de Él y sólo de Él viene nuestra salvación.

EL SÁBADO SANTO

Significado del Sábado Santo

Es el segundo día del Triduo Pascual.

La rúbrica del Misal explica su significado:

Jesús ha sido sepultado en un sepulcro nuevo.

Contemplando a Jesús en el sepulcro descubrimos que Él se ha abrazado con el dolor, la muerte y el silencio de todos los hombres de todos los tiempos.

El autor de la Carta a los Hebreos nos ayuda en nuestra meditación con estas palabras que os ofrezco:

* “Por eso tuvo Cristo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados” (Heb.2,17).

* “Probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Heb.4,15).

La situación de Jesús en el sepulcro es una situación esperanzada: «dormiré y descansaré en paz; mi carne descansa serena; espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida”.

Por eso la Iglesia en el Sábado Santo es la Iglesia del silencio pero llena de esperanza, del dolor pero en espera de la gran fiesta de la resurrección.

«Durante el Sábado Santo, la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, y su descenso a los infiernos; y esperando en la oración y el ayuno su resurrección. La Iglesia se abstiene del sacrificio de la Misa, quedando por ello desnudo el altar hasta que, después de la solemne vigilia o expectación nocturna de la resurrección, se inauguren los gozos de la Pascua, cuya exuberancia inundará los cincuenta días pascuales. En este día no se puede distribuir la sagrada comunión, a no ser en caso de viático”.

El rezo de las Horas Litúrgicas

La Iglesia, junto al altar desnudo, celebra el Oficio divino; un oficio impregnado totalmente de reposo y de contemplación, de silencio y de esperanza.

La Iglesia reza y ora junto a María que espera y nos alienta en nuestra espera para que nunca desfallezca.

*** El Oficio de lecturas.** Los salmos del Oficio de Lecturas hablan del sueño en paz (Sal 4) y de la carne que descansa serena (Sal 15), mientras que las lecturas, bíblica (Heb 4,1-13) y patrística (homilía sobre el gran sábado), evocan el descenso de Cristo al abismo para dar el reposo definitivo a los patriarcas del Antiguo Testamento (cf. 1 Pe 3,19-20). Notemos que hay un salmo, el salmo 23, que pide ya que se alcen las compuertas para que entre el Rey de la gloria. Estas palabras son una alusión implícita a la resurrección.

*** Los Laudes.** Los salmos de Laudes se mantienen entre la espera de la resurrección (Salmo 150 y Ap 1,18) y la meditación del valor redentor de la muerte de Jesús (Sal 63 e Is 38).

Recitemos con paz y sin prisas estos salmos haciendo de ellos nuestra oración ferviente al Señor.

*** La Hora intermedia** tiene un tono esperanzado con el recuerdo de la luz que brilla después de las tinieblas (1 Jn 2,8b-10).

Seamos nosotros luz del mundo que destruya las tinieblas del pecado, de la maldad, de la iniquidad.

*** Las Vísperas** repiten los salmos de la misma hora del Viernes Santo, pero con antífonas que recuerdan las palabras de Jesús alusivas al signo de Jonás y a la destrucción del templo de su Cuerpo:

«Como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra (Mt 12,39-40).

“Destruid este templo -dice el Señor-, y en tres días lo levantaré. El hablaba del templo de su cuerpo» (Jn 2,19-21).

LA VIGILIA PASCUAL

La Iglesia, recogiendo una antiquísima tradición, conmemora la noche santa en la que el Señor resucitó, velando en su honor. Siguiendo una interpretación de S. Agustín, el Misal lo explica diciendo: «Los fieles, tal como lo recomienda el Evangelio (Lc 12,35s), deben asemejarse a los criados que, con las lámparas encendidas en sus manos, esperan el retorno de su Señor, para que cuando llegue les encuentre en vela y los invite a sentarse a su mesa.»

La Vigilia Pascual es “la madre de todas las vigiliass” (San Agustín).

La Vigilia Pascual es una celebración de la Palabra de Dios y de oración, que culmina con la Eucaristía. Por eso, no es una Misa vespertina en víspera de un día festivo, ni una celebración más del año litúrgico, sino la acción litúrgica más importante del Triduo Pascual y de todo el Año Litúrgico.

En la Vigilia Pascual, somos llamados a participar del paso sacramental del Señor entre nosotros. Queremos que el Señor nos encuentre en vela, preparados.

Este encuentro sacramental con el Resucitado implica también que debemos esperar el retorno glorioso del Señor al final de los tiempos cuando venga a liberarnos definitivamente de todo mal y pecado. Vamos caminando por este mundo a la Casa del Padre, pero no debemos instalarnos en él ni descansar...ya que caminamos hacia la Patria definitiva que es el Casa del Padre donde Cristo nos ha precedido como Cabeza y Primogénito para prepararnos un sitio, porque Él quiere que nosotros estemos conde Él está ya. Los que hemos resucitado con Cristo en el Bautismo, debemos experimentar en esta Vigilia pascual la tensión escatológica de nuestra peregrinación por este mundo como dimensión fundamental de su vida ya que “no tenemos aquí ciudad permanente sino que andamos buscando la del futuro (Heb.13,14).

La acción litúrgica se desarrolla en cuatro partes:

*** El lucernario: el fuego, el Cirio pascual y el Pregón pascual**

- **El fuego** en el que quemamos todo lo viejo del mundo y todo lo viejo que hay en nosotros.

- **El cirio pascual**, que se enciende con el fuego nuevo y es llevado en procesión hacia el interior del templo, constituye la evocación simbólica de la resurrección de Cristo: «La luz de Cristo, que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y del espíritu».

El cirio es la columna de fuego que iluminó a los israelitas al pasar el mar Rojo, como canta el pregón pascual:

El cirio pascual es “el lucero que no conoce ocaso, es Cristo resucitado, que, al salir del sepulcro, brilla sereno para el linaje humano».

El cirio pascual simboliza a Cristo resucitado.

- **El Pregón Pascual** -“Exultet iam Angelica...”- proclama y anuncia al mundo entero la gloriosa noticia de la resurrección de Jesucristo. La Iglesia nos invita a todos a alegrarnos con la resurrección de Cristo pues ella es el manantial y la fuente inagotable de nuestra resurrección: “Cristo ha resucitado como primicias; luego, los de Cristo, en su Venida...” (ICort.15,23). No olvidemos nunca que “si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; estáis todavía en vuestros pecados” (ICort.15,17).

*** La liturgia de la Palabra**

La liturgia de la Palabra tiene un ritmo propio de lectura, canto y oración. Los textos que se proclaman constituyen una síntesis de toda la historia de la salvación: la creación, Abrahán, el éxodo, los profetas, Cristo.

“La Iglesia quiere llevarnos a recorrer el camino de la historia de la salvación: desde la creación, pasando por la elección y liberación de Israel, hasta el testimonio de los profetas con el que esta historia se orienta cada vez más claramente a Jesucristo. Las lecturas nos toman de la mano y nos conducen a Cristo, nos muestran la luz verdadera” (Benedicto XVI, 2011).

Todas las lecturas giran en torno al Misterio Pascual de Jesucristo ya que todos los momentos evocados de la historia de la salvación representan las victorias de la vida sobre la muerte hasta llegar a la resurrección de Jesús en la que no sólo Jesucristo es enaltecido y glorificado, sino también ese poder de salvación nos alcanza a nosotros.

*** La Renovación de las promesas bautismales**

En esta noche santa, la Iglesia nos invita a reavivar nuestro bautismo y a renovar las promesas bautismales.

Por el bautismo fuimos injertados en el misterio de la muerte de Cristo para que así como Cristo murió por nuestros pecados de una vez y para siempre, también nosotros muramos al pecado de una vez y para siempre de tal manera que ya no domine en nosotros el pecado nunca más (cf. Rm.6,3).

Por el bautismo fuimos injertados en el misterio de la resurrección de Cristo para que así como Cristo vive para siempre en el seno del Padre también nosotros caminemos en la novedad de vida en la alegre esperanza

de que un día seremos resucitados para la vida eterna. Así lo esperamos de la infinita misericordia de Dios (cf. Rm.6,4).

«Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte,
para que así como Cristo fue despertado de entre los muertos
por la gloria del Padre,
así también nosotros andemos en una vida nueva. (Rm.6,4).

*** La celebración de la Eucaristía**

La eucaristía de la noche santa de la Vigilia Pascual tiene un encanto especial como anuncio eficaz de la muerte del Señor y proclamación gozosa de su resurrección en la espera de su venida gloriosa al final de los tiempos (cf. 1 Cor 11,26; 16,22; Ap 22,17.20).

La celebración eucarística recuerda y actualiza la Pascua del Señor, el paso de Cristo de este mundo al Padre a través de la muerte. Esta Eucaristía que celebramos en la Vigilia pascual es la más importante del año litúrgico porque se celebra en el día pascual por excelencia. Por eso, los elementos constitutivos de toda celebración eucarística cobran esta noche una plenitud incomparable, un realce insuperable y una expresividad exclusiva.

Una exhortación

“Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba”.

En esta noche santa, la Iglesia recobra litúrgicamente la plena conciencia de su condición de ser una comunidad que ha nacido del Misterio Pascual de Jesucristo, es decir, de su Muerte y de su Resurrección. Por eso en esta noche, no sólo recordamos y celebramos con gozo y esperanza el misterio de la Resurrección de Cristo, sino también con-resucitamos con Él misteriosa pero realmente (cf. Rm.6,4).

Resucitar con Cristo nos exige a todos y a cada uno vivir unidos con Cristo y a Cristo, y llevar una vida santa. Escuchemos y guardemos en nuestro corazón estas palabras de San Pablo para meditarlas y vivirlas con autenticidad:

“Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con Él.» (Col 3,1-4).

El canto del Aleluya.

Todos estamos llamados a entonar el “Aleluya” que es como el eco y el reflejo del himno de los bienaventurados a Jesucristo triunfante y glorioso (Ap 19,1-9). Este himno que canta la Iglesia peregrina esta noche santa es una profesión de su fe en Jesucristo vivo, manifiesta el amor profundo que tiene a Cristo resucitado y expresa su alegría de ser y pertenecer a Jesucristo para siempre.

DOMINGO DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Hemos celebrado con sincera fe y alegría desbordada la resurrección de Jesucristo en la solemne Vigilia Pascual.

La Iglesia proclamará durante todo el día, durante la octava pascual y durante la Cincuentena:

«Este es el día en que actuó el Señor» (Sal 117,24);

«El día en el que Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado»
(Prefacio pascual I).

La Iglesia anunciará a toda la humanidad y durante todo el año:

«Ha resucitado del sepulcro nuestro Redentor;
cantemos un himno al Señor, nuestro Dios».

Se han abierto para la humanidad el manantial de la gracia y de la vida, las fuentes del perdón y de la paz, las puertas de la misericordia y de la esperanza para la humanidad, para todos los seres humanos, también para ti.

Por eso, alégrate, hermano!

¡Felicidades, Santa María, porque Jesús, tu Hijo amado, ha resucitado de entre los muertos para nunca más morir en adelante!.

¡Felicidades, Madre!.

Textos litúrgicos

1.- Canto de entrada: la Misa de este solemne día de la resurrección de Cristo se abre con la exclamación jubilosa del canto de entrada: «He resucitado y aún estoy contigo» (Sal 138,18).

Gracias, Señor!., ¡Ven con nosotros a caminar siempre! No nos dejes solos nunca.

Sé Tú el Buen Pastor para cada uno de nosotros y para todos.

2.- Oración colecta: Oremos con la Iglesia diciendo:

«¡Oh Dios, que en este día nos has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo, vencedor de la muerte! Concédenos, al celebrar la solemnidad de su resurrección, que, renovados por el Espíritu, vivamos en la esperanza de nuestra resurrección futura» (Oración colecta).

3.- Las Lecturas

*** Hechos de los Apóstoles 10,34-43.** Apelando a este testimonio y a su propia experiencia, Pedro anuncia la resurrección de Jesús y el perdón de los pecados que reciben los que creen en Jesucristo.

*** Carta de san Pablo a los Colosenses 3,1-4.** Pablo invita a buscar los bienes de arriba, donde está Cristo. El destino del ser humano no es la destrucción y aniquilamiento total. Nuestro destino es la vida eterna en Dios: “Señor, la vida de los que en Ti creemos no termina, se transforma y al deshacerse nuestra morada terrenal en la tierra adquirimos una mansión eterna en el cielo” (Prefacio Misa de Difuntos, I).

*** Evangelio: Juan 20,1-9.** Cristo, el Esposo, sale al encuentro de la Iglesia, representada en María Magdalena, que, llorosa, le busca al amanecer, y, al ver la losa quitada del sepulcro, corre a avisar a Pedro y al otro discípulo. La oscuridad de la noche da paso a la fe en las Escrituras, según las cuales «él había de resucitar de entre los muertos»

Jesucristo, por la acción del Espíritu, barre de nuestros corazones la vieja levadura del pecado y nos transforma en panes ázimos de la sinceridad y la verdad (1 Cor 5,6b-8).

La Iglesia se sabe y se siente «renovada por los sacramentos pascuales»: el bautismo y la eucaristía. Por eso celebra con gozo estos sacramentos, «en los que tan maravillosamente ha renacido y se alimenta», rebosante de gozo y alegría pascuales.

Unas reflexiones

¡Cristo ha resucitado!

Este mensaje continúa resonando hoy en todo el mundo. Las comunidades cristianas presentes en el mundo la proclaman...

“La resurrección de Cristo no es fruto de una especulación ni de una experiencia mística, sino que es un acontecimiento que sobrepasa ciertamente la historia, pero que sucede en un momento preciso de la historia dejando en ella una huella indeleble. La luz que deslumbró a los guardias ha atravesado el tiempo y la historia. Es una luz diferente, divina, que ha roto las tinieblas de la muerte y ha traído al mundo el esplendor de Dios, el esplendor de la Verdad y el esplendor del Bien” (Benedicto XVI, 2011).

Cristo ha resucitado y camina delante de todos abriendo el sendero hacia los cielos nuevos y la tierra nueva en la que viviremos finalmente

como una sola familia de hijos de Dios, de hermanos de Jesús y de servidores como Jesús. Jesucristo está con nosotros hasta la consumación de los siglos. Vayamos tras Él en este mundo caminando hacia la Casa del Padre donde, por la misericordia infinita de Dios, esperamos entrar y ser felices por toda la eternidad.

¿Qué nos pide creer en la resurrección de Cristo?

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo nos pide ayudar al hombre y a la mujer de hoy a recuperar la alegría de ser creyentes y de acoger a Dios. El gran problema del hombre contemporáneo es su alejamiento de Dios, por eso la Verdad de Dios que se ha revelado en Jesucristo es la única posibilidad de orientación que tenemos los humanos. Sin Dios el ser humano seguirá un camino hacia su perdición.

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo es promover la esperanza. “La irradiación que surge de la resurrección de Cristo da fuerza y significado a toda esperanza humana, a toda expectativa, a todo proyecto. Por eso todo el universo se alegra hoy, al estar incluido en la promesa de la humanidad, que se hace intérprete del callado himno de la creación. El alabanza pascual expresa la exultación silenciosa del universo y, sobre todo, el anhelo de toda alma humana sinceramente abierta a Dios, más aún, agradecida a Dios por su infinita bondad, belleza y verdad” (Benedicto XVI).

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo implica también defender la vida humana, toda vida humana, en cualquier circunstancia en que se encuentre ante tantas agresiones que experimenta. Quien cree en la resurrección de Cristo ha de estar cerca del que sufre, del que llora, para darle vida, consuelo y aliento que brotan de Cristo resucitado...

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo implica también asumir la causa de los empobrecidos y de los necesitados y ayudarles en su liberación integral, promoviendo la justicia, la solidaridad, la compartición... Nuestras tierras están llamadas a ser tierras de resurrección.

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo implica extender una mesa muy grande de norte a sur y de este a oeste en torno a la cual podamos sentarnos todos sin excepción para compartir los bienes del universo que Dios ha creado para todos.

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo es decidimos por ser santos de verdad. “Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. “Vivo yo, pero no soy yo es Cristo quien vive en mí” (Gál.2,20).

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo es trabajar para que aparezcan y surjan hombres y mujeres nuevos con la novedad del Espíritu Santo para un mundo nuevo, para un universo nuevo, para una creación nueva, para Dios...: “Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”.

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo implica también promover fuertes presencias de fieles laicos y de liderazgo laical en los campos de la política, de la economía, la cultura y de los medios de comunicación. Y esta presencia de los cristianos laicos debe tener estos rasgos: más incisiva, significativa, coherente con las enseñanzas de la fe, competente y apasionada por la vida y los destinos de nuestros pueblos y, a la vez, que sea capaz de traducir en la vida pública las bienaventuranzas del evangelio.

* Creer y anunciar la resurrección de Cristo implica también cultivar con especial atención los procesos de iniciación y reiniciación cristiana hasta llegar a la madurez de un laicado que participe en la vida y misión de la Iglesia y que se haga presente en la sociedad desde el Evangelio de Cristo. La fe ha de abrazar toda la vida, personal y colectiva, del creyente. El creyente ha de colaborar en la transformación del mundo.